

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.



Walter Scott y su familia.

WALTER SCOTT Y SU FAMILIA.

CUADRO DE WILKIE.

En 1817 el famoso pintor de Escocia, David Wilkie fué á Abbotsford. Walter Scott, este célebre novelista de quien sin duda alguna habrán leído alguna de sus muchas obras nuestros lectores, comenzaba á agrandar su habitación: el pintor era llamado allí por sir Adam Ferbusson, compañero de infancia del amo de la casa que quería tener el retrato de Scott, tomado en medio de su círculo doméstico á fin de adornar con él su nueva estancia, un *lumtli-Burn*, á poca distancia de Abbotsford.

Encontré la casa llena, contaba Wilkie, que tenía placer y gran gusto en hablar de aquella visita y del tiempo

SEGUNDA SERIE.—1837.

que había pasado en casa del gran escritor y célebre novelista; Scott desde por la mañana hasta por la noche pasaba sus convidados á pie, en carruaje, á caballo. Daba vida á todos los sitios que nos hacía recorrer: no había colina, bosque, árbol y fuente á que él no hubiese hecho alguna canción. El encanto de las relaciones, nos decía nuestro huésped, siempre andando, depende mucho de las localidades. Una espresion vulgar se ennoblece y toma una gracia particular desde el momento en que se aplica á sitios que nos son familiares y queridos. Entonces nos recuerda no solo el sitio, sino una multitud de ideas confusas y poéticas; la imaginacion se despierta é ilumina á la vez con los reflejos de lo pasado, con los rayos del porvenir.

Nadie es insensible á estas simpatías locales, decía una mañana al acabar de hablar con los trabajadores ocupados en la cantera en sacar piedra para su construcción de Ab-

AÑO XV. 6.

botsford. Aquellos hombres le conocían todos: además él era conocido, amado, en muchas leguas á la redonda de todos los labradores, de todos los arrendatarios, de todos los aldeanos. No le llamaban todos mas que *Sherra* (el shaerif: lo era hacia nueve años); todos al encontrarle le daban un cordial apretón de manos. ¿No era su recurso, su protector, su consejo? ¿Y todavía no les interesaba y les hacia amarle mas, el que jamás perdía la ocasión de cambiar con ellos, por humildes ó ínfimos que fuesen, una chanzoneta, una palabra alegre?

—Si en la última y fatigosa maniobra, cuando arranca la piedra de cuajo el rústico, le referís una interesante historia de un robo ó una muerte, la oírás sin pestañear. Añadid que el hecho ha sucedido en el bosque que tiene costumbre de atravesar, ó decidle que el leñador que le ayudaba el otro invierno á cortar los árboles ha sido testigo de la aventura y vereis, os lo garantizo, á aquel hombre rústico que se reanima y toma el mas grande interés en la narración. Os confío esto, continuaba guiñando los ojos de un gris claro y brillantes bajo sus negras pestañas y pobladas cejas, y os entrego mi secreto. Así es como yo entretengo á mis queridos compatriotas; se figuran que son mis descripciones las que les agradan! Nada de eso; lo que les agrada es el recuerdo que traigo á su imaginación de los sitios y de los parages que han recorrido en su infancia.

Hablando así le seguíamos, continuaba Wilkie, al través de los verdes prados, de los ondulantes bosques cuya historia ha escrito, y ni una vieja dormida con su rueda á la puerta de su cabaña, levantándose y recogiendo el delantal para hacerle un saludo desde que lo veía á lo lejos, encontrábamos que no tararease á media voz alguna canción de que podía explicar el idioma original ó suministrar la olvidada rima.

En una de nuestras cacerías entre las rocas de Yarrow se nos reunió el pastor de Ettrick, Hogg, pastor y poeta. Scott nos presentó el uno al otro, me recibió de la manera mas estraña y lisonjera. Apenas nuestro huésped había dicho al presentarme:

—David Wilkie, nuestro *Teniers* de la Escocia, cuando el rústico paisano, dejando caer sus brazos sobre la grosera piel de carnero que le cubría, clavó los ojos en mí con un silencio que casi me hizo retroceder: despues, alargándome de repente sus dos manos, exclamó con su voz ronca y vibrante:

—¡Válgame Dios, jamás he dudado que fuérais un excelente joven!

Había placer en oír á Scott hablar de baladas y leyendas con Hogg, tan apasionado y amante de los cantares de los *highlands*, una verdadera canción escocesa le llamaba nuestro huésped; pero es un *Cairrugorm*, un diamante sacado de las profundas minas de nuestras montañas: resto precioso de los antiguos templos y donde los antiguos camafeos nos reproducen el rostro nacional antes de haberse cruzado las razas!

Para volverle á mí, á la misma hora, continuaba Wilkie, era imposible pensar en rogarle que se pusiese de modelo en medio de aquel torbellino. Demasiado veía que no tenía un minuto suyo: despues me resigné á aguardar cómodamente la partida de la primera compañía; pero aun no había marchado ésta cuando llegó otra. De seguro no se po-

día perder el tiempo de una manera mas inteligente y mas agradable. Las tertulias de la noche eran para mí verdaderas funciones. Nuestro huésped sabía satisfacer la imaginación de sus convidados y explotarla sacando de cada uno de ellos lo que mejor había en él. Pero sobre todo, lo que había que ver y oír era al mismo Scott. Yo le estudiaba, le contemplaba sentado en su ancho sillón: su grande y hermoso lebril Maida (que me prometía introducir en mi cuadro) permanecía echado á sus pies y levantaba la cabeza de tiempo en tiempo, cuando su amo alzaba la voz, cual si tomase interés en lo que éste decía. Libros antiguos, restos preciosos de la antigüedad, fósiles sacados de las inmediatas escavaciones ó llevados de lejanos países, desparramados sobre mesas góticas alrededor del shaerif le suministraban materia para interesantes alusiones y divertidas anécdotas. ¡Qué fisonomía tan viva! ¡Aun me parece que estoy viendo á aquel grande y excelente hombre! Sus facciones, que hubieran parecido vulgares en cualquier otro rostro, iluminadas por el alma que brillaba al través de sus ojos, al través de su sonrisa y que se dejaba ver en su palabra, revelaban de pronto una belleza, una distinción muy superior á la que depende de la gracia y de la finura de las líneas. ¡Ah! ¡Cuántas veces me he desesperado por no haber podido hacer completa justicia á aquel rostro!

Su maravillosa inteligencia, su inagotable memoria, aquella insaciable curiosidad que se fijaba en todas las cosas, variaba hasta lo infinito una conversación que jamás dejaba de mostrar su vasta imaginación: algunas veces, con aquella donosa voz, que un ligero acento natural hacia mas incisiva, nos leía una ó dos páginas notables de algun viejo autor escocés. Imposible es olvidar la áspera armonía y su tono patético y natural á la vez, cuando se ha oído repetir versos con una especie de recitado entusiasta y de que él solo poseía el secreto. ¡Pues y las historias! Enriquecidas de comparaciones, tomadas de la vida de la naturaleza, espresadas con una perfecta sencillez, provocaban á la vez las risas ó las lágrimas.

¡Repetirlas! ¿Quién osaría eso? respondía Wilkie cuando se le hablaba de este hombre; porque cuanto mas se veía Scott en relieve en los recuerdos del artista ¡qué pobre es el cuadro del pintor! Las encantadoras, las hadas, decía, que le habían adoptado cuando era niño, pequeño, cojo, pálido, enfermizo, cuando se arrastraba en el bosque y en las montañas entre los pastores, se complacían en contarle maravillosas historias para que compusiese esas lindas anécdotas recogidas en los paseos, en las cabañas, y empapadas en una sencilla, sutil é irresistible malicia. Verdad es tambien se complacía en hablar de los lores, señores del terreno, de los poderosos feudatarios en la Escocia. No se desdeñaba de descender de aquellos átrevidos moradores defensores de la propiedad escocesa (como lo hacia valer en descargo suyo) y aun reclamaba de buena gana su parentesco con el *Scioch Nan Diarmid* (el Clan de Campbell).

Recuerdo, decía tambien Wilkie, que una noche oyendo resonar las sonoras notas de un cuerno de un pastor, Scott nos divirtió mucho contándonos la aventura de uno de sus antepasados: un cierto Walter Scott de Harden, el viejo *Aulo Wat*, como le llamaban sus vecinos. Pobre propietario de la torre de Harden, cuna de la familia, hubiera sido

rico si todos los campos que poseía en sus dominios hubiesen madurado espigas de trigo. Lejos de eso, un día, después del medio día, miraba al pastor de la aldea que había entrado al son de su caramillo las numerosas vacas de diversos aldeanos. Le oyó llamar la única que entre los rebaños pertenecía al Dair.

—¡La vaca de Harden!

—¡A fé mia! exclamó Wat, bien pronto dirán sus vacas!

Aquella misma noche atravesó el Twee y la presentaba al día siguiente á la cabeza de una pareja de terneras inglesas y un hermoso y pintado toro. Al conducir aquellos animales robados en tierra enemiga gritaba á una piedra de molino de trigo que forzosamente había dejado atrás:

—¿Por qué no tienes cuatro patas? ¿Sería preciso que marchases delante de mí!

Cuando su muger, María Scot, la flor de Yarrow, como la llamaban, no encontraba nada en su despensa, servía delante del jefe de la familia en un plato cubierto un par de espuelas: enérgico modo de recordarle la precisión de renovar las provisiones. El hijo de aquella muger escocesa se llamaba Williams Scott del Harden y no desdecía ni había degenerado de las tradiciones de familia. En una escursión hecha sobre las tierras de sir Gideon Murrage de Elibank, tesorero de Escocia, su vecino, con el que se hallaba incomodado, fué cogido por la tropa del señor que lo llevó tras sí amarrado á la cola de su caballo. Desde lo alto de las troneras de Elibank, que ahora es un montón de escombros en las orillas del Twee, la muger de sir Gideon estaba aguardando á su marido. Reparó en el hermoso y altivo prisionero y bajó á toda prisa la escalera de caracol.

—¿Qué vais á hacer de este muchacho, de este joven Harden? le preguntó sin poder respirar al llegar á él.

—Pasto de nuestros cuervos, respondió sir Murray, que había ya hecho atar la cuerda fatal á la rama de un árbol.

—¿Qué! replicó la dama, ¿cuando tengo tres muchachas crecidas y feas que casar no encontrais nada mejor que hacer de un excelente y hermoso caballero que será un día un rico barón? Mas vale seguramente que sea tu yerno que colgarle de un árbol.

Sir Gideon, como buen y tierno padre, encontró bueno el consejo de su muger, y ofreció al prisionero que optase entre la cuerda y la mano de su hija Margarita. Sir Williams de Harden era el hombre mas hermoso de su tiempo: después de haber considerado á la señorita, declinó el honor de la alianza. El futuro suegro le concedió tres días para pensarlo: pero solo cuando el nudo escurridizo rodeaba su cuello, fué cuando se le ocurrió al prisionero ser el esposo *afortunado* de Margarita, *grande vaca* como la llamaban en el país: buena muger por otra parte, y que componía con notable talento el solomillo de vaca para su marido, y tenía cuidado de proveer la casa.

¿Cómo poder reproducir la gracia, el talento, con que todas estas sencillas y vulgares tradiciones eran contadas! prosigue Wilkie: y sin las exigencias de mi arte me olvidaba enteramente de Abbotsford. En fin, hubo un intervalo de soledad. Las visitas que se marchaban no fueron reemplazadas inmediatamente: no importa, yo no sabia como pedir una sesión. Suponiendo que Scott iba á recuperar el tiempo perdido encerrándose con sus libros y papeles hubiera temido ser indiscreto. Vacilaba después del

desayuno y Laislan, su amigo, secretario é intendente, todo en una pieza, entró, volviéndose hacia él Scott, y yo me disponía á escurrirme para dejarles tratar de negocios ó de literatura, cuando le oí gritar:

—¡Oh! ¿sois vos, Wilkie? mañana pasaremos el río llevando los perros, y apostaré que echaremos una liebre: Maide me lo ha ladrado.

Así, continuaba Wilkie, notando que se trataba de diversiones y no de negocios, me dejé de escrúpulos. Aquella cabeza recargada de trabajo de toda especie, produciendo centenares de volúmenes, parecía siempre ociosa, y solo mas tarde conocí su secreto. Levantado constantemente antes de las cinco encendía el mismo el fuego de la chimenea, y se ponía á trabajar hasta las once ó las doce, hora en que, según su espresión, *había cortado el cuello al trabajo del día*, y podía descansar de seis á siete horas de un trabajo asiduo.

Entonces fué cuando se hizo el retrato de Walter Scott, en medio de la comarca salvaje, las tierras agrestes que rodeaban el Twee. Dejando Wilkie satisfecho el amor del poeta por sus *queridas montañas grises*, como él las llamaba, por sus bosques, de los que decía que si no los hubiera visto en un año se moriría.

El capitán Adam Ferbusson en traje de guarda del campo, ó mas bien de cazador, ocupa un rincón en el retrato de familia, y tenía derecho á aquel lugar. Compañero de estudios de Walter Scott, su amigo en todos tiempos aun durante la guerra de la Península, desde que Fernando fué hecho prisionero; había mantenido la esperanza (que se realizó en la época del retrato) de fijarse un día al lado de su ilustre amigo. Siete años mas tarde casaba á Jane de Lochdre, su sobrina y pupila con el hijo mayor de Walter Scott, colocado á su derecha en el cuadro.

Este Adam Ferbusson es el que en la guerra que hizo en España con lord Wellington en las líneas de Torres-Vedras, en Portugal, dió una singular prueba de su entusiasmo por el poeta escocés. El mismo día en que había recibido de Edimburgo el primer ejemplar de la *Dama del Lago*, se encontraba colocado á la cabeza de su compañía sobre una punta de tierra espuesta á la artillería enemiga. Tenían orden sus soldados de permanecer echados en el suelo: el capitán, arrodillado, leía el poema de Walter Scott. Al llegar á la descripción de la batalla en el canto sexto, no se contuvo ya, y en su entusiasmo, leyó en voz alta las estrofas á sus soldados, atentos á su voz. En el momento en que concluía aquellos versos

El fatal desfiladero devora
montañeses y sajones á esta hora...

tronó el cañon, y rebotaron las balas contra las rocas que abrigaban el destacamento, y todo él se levantó dando un alegre ¡hurra!

Al lado del hijo mayor del poeta, el joven, entonces intrépido cazador, y mas tarde mayor del 45.º de húsares, está colocado su hermano mas joven Carlos. Detrás de ellos uno de sus honrados vecinos, como los llamaba Walter Scott, uno de esos valientes trabajadores de los que era la Providencia, á cada uno de los cuales, á la vuelta de su viaje á Francia, traía un recuerdo, y que fueron mantenidos por él cuando el hambre de 1807 en Escocia. Los em-

pleó todo el invierno, sin cuidarse de la enormidad de los gastos, á los que su inagotable y fecunda pluma parecia dar siempre abasto. A la derecha de Walter Scott están sus dos hijas, la mayor, Sofia, que luego fué Mad. Locheart en 1820, y la viva y traviesa Ana, loquilla entonces como una muchacha de quince años. El rostro que con todas las trazas de una muger aldeana y casera ocupa, animándole con su hermosa naturaleza, el rincón izquierdo del cuadro, es la madre de familia, Carlota Charpetier, nacida en Lion, y con quien Walter Scott se casó en 1797 á pesar de las preocupaciones de sus parientes contra una nuera francesa.

Rayaba en los cuarenta años cuando yo hice su retrato, dice Wilkie, y no tenia el talle de diosa de que hablaba su marido al contar su primer encuentro en un paseo á caballo en las aguas de Gislard: pero conservaba un color de un moreno claro y brillantes ojos con toda la viveza meridional, y una porcion de magníficas trenzas negras. Me parecia una excelente muger, añade, y de un carácter igual y afable.

Empero no son los recuerdos del pintor, son los diarios de Scott, los que pueden solo dar la idea de lo que era para él la muger á que tuvo la desgracia de sobrevivir. ¿Qué haré yo, escribia en el triste crepúsculo de su vida, que haré yo de todos aquellos pensamientos que durante treinta años la han pertenecido? ¡Ah! volverán largo tiempo, largo tiempo, siempre á ella!...

En estas páginas íntimas en que revela sus pensamientos Scott, es preciso leer y conocer el hombre entero. Wilkie ha pintado al baronet en la época mas floreciente de su vida, en medio de su próspera fortuna, rodeado de aquellos sitios cuyas colinas, áridas entonces y hoy engalanadas, gracias á él, de verdes bosques: en el seno de aquel país que debe á su brillante imaginacion una aureola formada con todos los rayos de lo pasado: en aquella preciosa morada de Abbotsford, su creacion tambien, en la que ha recibido príncipes y pobres, grandes y pequeños, haciendo á todos sus compatriotas y á todos los viajeros los honores de la Escocia: rico, en fin, opulento, por el incesante trabajo de su maravillosa pluma, y una inteligencia mas maravillosa todavía.

Empero ¿qué es todo esto? ¿Qué es la prosperidad de Job al lado de su miseria? Cuando Walter Scott ha perdido su amigo, muerto antes que él ó arrastrándose en la ruina, cuando no tiene riquezas, ni paz interior, ni descanso, ni soledad, entonces es sublime. Preciso es verle tal cual él mismo se pinta en su diario, único alimento á los tormentos del alma en que muestra la fuerza de su valor y la ternura de su corazón. Ni una queja contra los amigos á quienes ha sostenido con su fortuna, con todo su crédito, y cuya bancarrota le arruinaba á él y á los suyos para lo pasado y para lo porvenir. No le ocurre ni un momento sustraerse á la responsabilidad de sus acreedores. Conoce toda la estension de su situacion, y rehusa el auxilio de amigos ricos, de parientes, de admiradores: hasta un pobre Mr. Pole, antiguo maestro de arpa de sus hijos, le trae quince mil francos de economía que formaban toda su pequeña fortuna, y que siente ver tiernamente rehusada. Walter Scott no envolverá á nadie rico ó pobre en su ruina.

—Mi mano derecha debe hacerlo todo. Y bien ¡trabajo, trabajo! os invoco: ¡despiértate! esclama en aquella pági-

na en que vertia su corazón: ¡sea el hombre bueno, sea Dios propicio!...

«.....Si me lo permiten, dice mas lejos hablando de sus acreedores, seré su vasallo todo el resto de mi vida. Ahondaré la mina de mi imaginacion para sacar diamantes.... ¡Oh, no importa! todo lo podré vender, no para enriquecerme, sino para cumplir mis compromisos. Yo no quiero, no quiero que me llamen insolvente.... ¡Tal vez lo soy! pero al menos no pondré fuera del poder de mis acreedores los recursos literarios que quedan en mí.»

Algunas veces la fuerza le falta y se le saltan las lágrimas al verse reducido á tal estado.

«.....Este extraño sentimiento como una nube oscurece la alegría por todas partes, y arroja su sombra glacial... Apenas sé lo que siento: algunas veces tan firme como el escollo formado de rocas, despues tan débil como las aguas que en él se estrellan.... Todavía tan decidido en el pensamiento, y sin embargo, viendo el contraste de lo que ha sido este lugar con lo que es hace tan poco tiempo, hiere mi imaginacion, y me parece que mi corazón se hace pedazos! Solo, viejo, privado de los míos: de todos, escepto de la pobre Ana! Arruinado, embarazado, amenazado, privado de la tierna compañera que conmigo pensaba, que sabia aplacar estas aprensiones que destrozaban el corazón cuando uno tiene que sufrirlas solo.... Tengo miedo de que el pobre Carlos me haya sorprendido llorando.... En mi el tormento nervioso que arranca lágrimas, es una terrible violencia, una especie de ahogúo al cual sucede un estado de estupidez, durante el cual preguntaba.... si era verdad que habia perdido mi pobre Carlota.»

Seis años enteros encadenado por su firme voluntad y su riguroso espíritu de justicia á aquel trabajo, su alegría cuando estaba libre, hoy su galera, su presidio, resistió sus tormentos morales y físicos. Muchos ataques, consecuencia de un reblandecimiento del cerebro, triunfaron al fin del cuerpo, no del alma, y despues de haber, como él decia enérgicamente, dado á la muerte muchos apretones de manos, oprimiendo en vano la pluma con sus debilitados dedos, recurso por tan largo tiempo de sus amigos, de los infelices y de su familia, y por último de sus acreedores, murió el 17 de setiembre de 1832.

Sus últimas palabras, dirigidas á su yerno, fueron:

—Amigo mio, sé bueno, sé virtuoso, sé religioso; sé bueno, solo esto queda cuando se viene á parar al extremo en que estoy. ¡No, no las desperteis! añadió el moribundo adivinando que iban á buscar á Ana y Sofia. ¡Pobres niñas que se han estado en pie toda la noche! ¡Dios os bendiga á todos!

Y se durmió algunos segundos. Poco despues espiraba en medio de todos sus hijos, de los que dos debian seguirle muy presto.

Era un día hermoso y tibio: todas las ventanas se hallaban abiertas, y no se oía mas que el ruido tan largo tiempo grato á sus oídos, el murmullo argentino del Twee sobre su pedregoso lecho.

Jamás se vió imagen mas magestuosa del descanso que aquel noble y tranquilo semblante donde habia desaparecido toda alegría.

La venta de las sucesivas ediciones de sus inagotables obras, acabó de pagar las deudas á sus editores y á sus libreros.

GLORIAS DE ESPAÑA.

DON ALONSO EL MAGNÁNIMO.

I.

Cuando los estados de Aragon y de Valencia reunidos formaban ya una de las principales monarquías de la Península, aspiraron á ensanchar su dominio fuera de ella, no pudiendo el valor ardiente de los naturales, ni su deseo de engrandecimiento, estar contenidos entre los estados limítrofes de Francia y de Castilla, reinos poderosos con quienes convenia estar en buena relacion. Las expediciones marítimas eran las que por lo arriesgadas y lejanas, mas convenian al genio belicoso de los aragoneses, que ya se habian distinguido en la conquista de las primeras islas del Mediterráneo, y la suerte les deparó bien pronto una ocasion de poner el pie en Italia, donde tan larga série de guerras habia de comenzarse, y dicha fué tambien que para ponerse al frente de tales empresas, floreciese en aquella época un príncipe tan esclarecido en las artes de la paz y de la guerra, como lo fué don Alonso V de Aragon. Castellano de origen y elegido entre otros muchos por los compromisarios reunidos en Caspe, para que ocupase el trono de Aragon, apenas se vió asegurado en su nuevo reino, cuando ya trató de seguir las gloriosas huellas de sus mayores, aprovechando para pasar á Italia la buena coyuntura que le ofrecia el auxilio que con tanta instancia le demandaba la reina Juana II de Nápoles. Ha dejado esta reina un nombre poco envidiable en la historia: abandonada entonces por los suyos, repudiada por su marido y sitiada por el duque de Anjou, pretensor del seino de Nápoles, así como sus antepasados, llegó á verse en el mayor conflicto, y entonces fué cuando imploró el auxilio del rey don Alonso, prometiendo heredarle en aquel reino, adoptándole desde luego como su hijo y sucesor. No era para perdida tan bella ocasion: don Alonso acudió con su armada desde Cerdeña, libró á la reina y entró en triunfo en Nápoles, siendo reconocido y aclamado como soberano en junta de toda la grandeza. Además persiguió al de Anjou hasta arrojarle del reino, escarmentando á los genoveses que le favorecian; pero todo fué contrariado por la misma reina Juana, libre ya del peligro, la que como diese nuevos escándalos con sus amores con el senescal Juan Caracciolo, disgustó á don Alonso que trató de prender al senescal y llevarle á Cataluña. Esto ocasionó disturbios en Nápoles y el que la reina se hiciese fuerte en la puerta Capuana y don Alonso en el Castel Nuovo con sus aragoneses. Don Alonso consiguió al fin apoderarse de la persona del senescal y hacer que la reina saliese de Nápoles; pero ella picada, revocó la adopción que habia hecho de don Alonso, prohibiendo al de Anjou con el título de duque de Calabria, lo que encendió de nuevo la guerra civil que no tuvo término ni aun con la muerte del duque y la de la reina, que se verificó á poco tiempo. Habia ésta de-

jado por sucesor en el reino á Renato, hermano del duque de Anjou, y los napolitanos le aclamaron acatando la última voluntad de su soberana. Esta circunstancia y el haberse conjurado contra el rey de Aragon, las repúblicas de Venecia, Florencia, Génova y el duque de Milan, á quienes hacia sombra la permanencia de los españoles en Italia, pusieron á don Alonso muy cerca de su ruina, teniendo que levantar con grande pérdida y ruina de su escuadra el cerco de Gaeta. Tal vez hubiera podido apoderarse de esta importante plaza, haciendo retroceder á ella la muchedumbre de mugeres y niños que como bocas inútiles los sitiados inhumanamente lanzaron fuera de las murallas; pero el magnánimo don Alonso acogió á aquellos infelices diciendo:

—Poco importa que no gane la plaza, con tal que no falte á los santos deberes de la humanidad.

Tan generosa conducta, su carácter personal, mas generalmente conocido, y la cobardía de su rival Renato, que faltó en el punto señalado para el desafío á que habia retado á don Alonso, abrieron camino á éste para hacerse dueño de los ánimos de los napolitanos y luego de la ciudad de Nápoles, donde entró al fin en triunfo para reinar con universal satisfaccion hasta el año de 1458 en que falleció, después de haber dado la paz al reino, de haber sido reconocido y jurado como legítimo soberano y de haber recibido la investidura del papa, lo que era una solemne sancion religiosa y una ceremonia indispensable en aquellos tiempos.

II.

No es tan sola la reputacion de *Magnánimo* la que acompaña á la buena memoria de don Alonso. La historia le concede los epítetos de benéfico y de justo, bien empleados por cierto, en quien no pensó jamás sino en dispensar mercedes y hacer felices á los demas. Algunos de los rectos fallos de su justicia merecen consignarse, y el siguiente es digno de la sabiduría de Salomon.

Presentóse á las puertas de la régia cámara de don Alonso y á hora distinta de la que este monarca tenia señalada para la audiencia, una muger con señales de una profunda emocion, y llevando en sus brazos un hermoso niño. Los guardias quisieron detenerla saliéndola al encuentro, pero ella les dijo con cierta resolucion:

—Yo deseo..... yo necesito hablar al rey.

—¿Quién sois y que le vais á decir?

—Vengo á dar cuenta de un acto de violencia del que debo quejarme, vengo á pedir justicia.

Al oir esta palabra justicia, guardias y criados cedieron sin tardanza. Sabian muy bien que don Alonso consentia en dar audiencia al mas humilde de sus súbditos cuando venia á pedir justicia, y que á tan magnánimo monarca que decidia del destino de muchos millones de hombres, nunca los intereses de la alta política le hicieron descuir-

dar por un momento los intereses de los particulares. As fué que noticioso de lo que pasaba, fué á sentarse en su sôlo, para recibir á la atribulada muger, como si fuese un embajador; pero ella sobrecogida á vista del monarca, no hizo mas que arrojarle á sus pies permaneciendo en respetuoso silencio, turbada y llorosa. Entonces el rey la dijo con gravedad:

—Levántate y habla. Tú pides justicia: tú la obtendrás.

—Señor, yo soy una pobre esclava; pero hasta ahora vivia contenta, á pesar de que me habian traído lejos, muy lejos, del sitio que me vió nacer. Me habia ido conformando resignada, con el nuevo estado á que me habia destinado la suerte. Desgraciadamente, mi amo, abusando de su posicion, me ha hecho madre de esta hermosa criatura que veis, y ahora, señor, en vano pido que la reconozca, y en vano, sobre todo, pido mi libertad á la que ya tengo derecho, segun las antiguas leyes de España. No me queda ya mas recurso que implorar vuestra regia proteccion.

—Está bien, la dijo el rey con bondad, tranquilízate que ahora mismo te se hará justicia.

Se interesaba ya vivamente el rey por aquella esclava, y creia que bastaria hacer que el amo compareciese á su presencia, para que aquel asunto tuviese el término que él deseaba, pero con grande sorpresa de don Alonso, el amo de la esclava negó con tanta serenidad como mala fé, el hecho que le era imputado. Disimuló el rey su indignacion, y solo le recordó que estaba obligado, segun las leyes del reino, á dar libertad á la esclava, pero el amo insistió diciendo:

—Jamás he tenido trato alguno con esa muger.

—Está bien, dijo el rey muy indignado, volviéndose hácia los ministros de justicia que esperaban sus órdenes. Sacad allá afuera ese niño: puesto que no hay padre para él, y su madre, harto infeliz, no puede mantenerle, entregádele en el acto al que mas dé por él. Sea inmediatamente vendido á pública subasta.

Arrancaron los ministros de justicia el niño de los brazos de su madre, que sobrecogida al ver el ademan colérico del rey, no comprendia bien lo que aquello significaba; pero el amo de la esclava, viendo que aquella orden iba á cumplirse sin remision, sintió que se conmovian sus entrañas paternales, y sin poder contenerse, exclamó antes que empezase la subasta.

—¡Ese niño es mi hijo! Su madre ya no es esclava: desde este momento tiene y puede gozar su completa libertad, si es que no quiere ser mi legítima esposa.

III.

Un tomo entero se ha escrito y publicado de los dichos y hechos mas notables del rey don Alonso, y que dan á conocer así la viveza de su ingenio, como la magnanimidad de su corazon y nobleza de carácter. Tan sencillo en su exterior como modesto en su trage, apenas se distinguia de un particular, y como llegasen á representarle que era preciso con el aparato exterior sostener todo el prestigio de la autoridad real, contestó:

—No es la púrpura, ni el brillo de los diamantes los que

deben distinguir á un rey, sino la sabiduría y la virtud.

Acostumbraba pasear á pie por las calles, sin escolta ni acompañamiento, y como sus cortesanos le hiciesen presente que su seguridad exigia que fuese acompañado de guardias y gente armada, como acostumbran los monarcas cuando se presentan en público, contestó:

—Los tiranos son los que deben ir rodeados de satélites: mis guardadores son mi propia conciencia y el amor de mis súbditos.

Yendo un día á su biblioteca á tomar un libro que le hacia falta, la encontró cerrada, hallándose ausente el sugeto que tenia la llave. El espediente que tomó fué des-cerrajar la puerta, y sin tardanza puso manos á la obra. Acertó á pasar entonces uno de los prelados mas respetables de la corte, y viendo al rey tan ocupado en aquella maniobra, le dijo:

—¡Qué! ¿un monarca como vos, se convierte en oficial de cerrajero?

—Me parece, contestó el rey con aire risueño, que la naturaleza ha dado á los reyes dos manos lo mismo que á los otros hombres, y pienso ademas que no les ha prohibido servirse de ellas en las ocasiones en que puedan serles útiles.

De la modestia que le caracterizaba dió aun otra muestra mas señalada cuando la ciudad de Nápoles, agradecida á su nuevo soberano, y entusiasmada con sus heroicas acciones, quiso erigir para perpetuarlas un suntuoso arco de triunfo. Para despejar el sitio en que este arco de triunfo habia de construirse, era preciso, segun el proyecto, echar abajo la casa de un antiguo oficial que habia servido con distincion durante toda la guerra de Italia. Cuando el rey don Alonso llegó á saberlo, prohibió absolutamente que se tocara á la casa.

—Quiero mas, dijo, carecer de esa masa de piedra y privarme de un vano monumento, que permitir que destruyan la habitacion de un guerrero que por la salvacion de su príncipe y de su patria ha prodigado sus bienes y su sangre.

Peró el arco triunfal que legase á la posteridad un recuerdo de las hazañas del magnánimo Alonso V, y sobre todo su entrada en aquella hermosa ciudad de Nápoles, al fin habia de erigirse, y aun hoy dia se conserva en la segunda entrada de la fortaleza del Castel Nuovo que fué la habitacion del nuevo rey. Este arco, todo de piedra blanca llevada de la isla de Mallorca, se halla entre las dos antiguas y macizas torres construidas por Carlos I de Anjou, con las que hace notable contraste por la perfeccion y proligidad de los adornos que tan perfectamente se avienen con la arquitectura greco-romana, ya entonces restaurada en Italia antes que en otros estados de Europa. En este arco, no solo está representado el triunfo de don Alonso, sino que se ven las efigies de los principales caballeros aragoneses que acompañaron al rey en sus conquistas, de modo que es un testimonio glorioso para la España que escita los mas lisongeros recuerdos, y conserva el de uno de los reyes mas generosos y magnánimos que brillan en su historia.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



LOS HALCONES.

De una intrepidez poco comun y un ardor sin igual para el combate, este noble pájaro que si tuviese fuerzas como valor disputaría al águila el imperio de los aires, no es antes de su mas grande desarrollo sino del grueso de una gallina. Su longitud varia entre seis y diez y nueve pulgadas; su talle es esbelto y bien cortado; su plumage, pardo sobre la espalda y marcado en el vientre con listas longitudinales oscuros sobre su fondo blanco, es de una vista muy agradable. Las partes que le sirven para ejercer y satisfacer sus instintos guerreros y rapaces, su pico, sus alas, sus garras, merecen una particular descripcion.

La mandíbula superior que comienza á encorvarse desde su base describe un arco que termina en una punta afilada despues de estar festoneado; de manera que forma por cada lado dos especies de agudos dientes: la mandíbula inferior, ligeramente convexa, está tambien cortada en punta: este pico agudo y cortante hace crueles heridas y retiene la presa con gran fuerza. Las alas, que desplegadas tienen tres pies y medio de estension y que cerradas llegan casi á la punta de la cola, son desembarazadas, delgadas y casi rectas. Sus movimientos tienen un vigor, una facilidad y una rapidéz singulares.

La resistencia facilita la accion de este poderoso aparato: asi es que á los halcones les gusta volar contra el viento, elevándose á las mas altas regiones, y se divierten ejecutando unas maniobras y evoluciones, trazan círculos y se dejan caer cual una piedra, suben como un rayo, con tan maravillosa rapidéz que desvanecidos los ojos apenas pueden seguirlos, y sin embargo, su mirada penetrante no ha cesado ni un instante, durante estos juegos, de explorar los abismos abiertos debajo de ellos. Las patas del halcon están perfectamente conformadas para ser un arma terrible: secas y nerviosas, están guarnecidas de largos dedos desembarazados y flexibles, que abarcan un grande espacio, y terminan en agudas uñas encorvadas, cortantes, bastante parecidas al hierro de una guadaña: raramente la víctima que coge en sus garras llega á escapársele. Es preciso contar tambien entre los instrumentos de guerra de los halcones sus ojos tan famosos cuyo alcance es extraordinario.

El estado de guerra, de conflicto, de pelea, es para el halcon el estado natural: el estado de predileccion: es la hostilidad permanente contra todos los animales, que va atacando sin cesar á aves mucho mas gruesas que él, y aun á animales de un grandor desmesurado cuando su intrepidez natural se ha acrecentado por la educacion. Nunca un halcon se alimentará de una presa que no haya hecho él mismo ó que no haya sido conquistada sobre algun otro cazador: no solo para satisfacer su apetito caza y combate, sino tambien, si puede hablarse asi, para saborear los gozoses de conseguir una victoria. Asi, mientras que está saboreándose en una victima que ha inmolado, si una vez un ganso, un milano ó cualquiera otro merodeador llega á presentarse, el halcon abandona inmediatamente su presa segura para perseguir la presa incierta y se arranca de las dulzuras del festin para ir á dar batalla al rival que osa penetrar en sus dominios.

La confianza, el ardor y la nobleza del halcon se manifiestan en la manera con que ataca á sus enemigos. Las demas aves de rapiña apelan á la astucia la mayor parte: el halcon al contrario, va derecho á su objeto; se deja caer sobre su adversario cara á cara y lo mas pronto. Este ataque es casi siempre irresistible, porque es rápido, imprevisible, violento como el golpe del rayo. Conseguida la victoria, se baja á plomo llevando consigo su victima, á menos que no la devore en el mismo sitio, porque los hay de estos rapaces ladrones que desde que han cogido una presa, vuelan inmediatamente del campo de batalla y van á ocultarse para no ser perturbados en sus comidas: el halcon no teme que vengan á disputarle sus conquistas.

Como no puede medirse á pesar de su valor contra el tirano de los aires, pone su esperanza en la rapidéz de sus alas y huye al través del espacio con su presa. Es un espectáculo interesante el que ofrece una caza de un águila y un halcon que quiere defender su propiedad: el halcon va á perderse en las nubes, vuelve rozando la tierra, hace mil vueltas y revueltas, multiplica los regates aumentando la rapidéz de su vuelo, se detiene de pronto, cambia bruscamente de direccion: sin embargo, estos esfuerzos son casi siempre inútiles; y despues de haber sentido muchas veces los ataques formidables de su enemigo, suelta el halcon por último su presa protestando con un grito de colera y de rabia contra el abuso de la fuerza.

En los casos de necesidad, el halcon no despliega menos inteligencia que fuerza. Con una sagacidad admirable modifica el ataque, segun la naturaleza del ave que persigue. Se trata de un pájaro de vuelo pronto y tortuoso, el halcon no trata de cogerle con las garras, se esfuerza solamente en tocarle al paso, sea con el pico, sea con su pecho, sea con sus alas, para aturdirle y debilitarle: se trata al contrario de un pájaro de vuelo pesado que el halcon no teme verle escapar, le persigue sin tocarlo hasta que puede agarrarlo.

En presencia de un adversario que pueda hacer resistencia, tiene cuidado de ponerse en guardia al mismo tiempo que toma la ofensiva. Todavía con una inteligencia fatal elige el halcon el lugar donde debe de herir para que sus golpes sean inmediatamente mortales, y jamás sucede que la presa tocada por él no quede fuera de combate al primer choque.

Todas las costumbres del halcon están en relacion con sus principales ocupaciones, con su vocacion dominante. Como le gusta poder abarcar de lejos y desde lo alto una vasta estension del pais, en las comarcas montañosas, en la cumbre, en los picos escarpados, es donde establece su

domicilio, porque desde allí, ora vuela, ora esté parado, se descubren inmensos campos á su penetrante vista.

Se halla poco desarrollada en él la ternura maternal. Algunas ramitas colocadas en las grietas de una roca le bastan para formar un nido bastante suave para poner sus huevos, que mas tarde producirán sus polluelos. Cuida únicamente de que el sitio se halle espuesto al Mediodía á fin de que los rayos del sol calienten los huevecillos. Inmediatamente que los polluelos son bastante fuertes para poder proveer ellos mismos á su subsistencia, los padres y las madres los expulsan del sitio que ocupan y los envían á cazar á otra parte: porque el halcón, como la mayor parte de las aves de rapiña, adopta generalmente un territorio en cuyos límites se encierra escrupulosamente, pero cuyas fronteras defiende tambien con una celosa atención contra todo invasor de su raza ó de una especie extraña.

No podia dejar el hombre de explotar esta aptitud tan pronunciada del halcón para la caza: en todos tiempos y en todos países los cazadores se han hecho auxiliares de

estos pájaros guerreros. La halconería no era un arte ignorado de los antiguos: en los siglos del feudalismo era tenido en gran consideración en Europa: el derecho de cazar con halcón era uno de los privilegios de la mas alta nobleza, y el título de halconero real no cedía al honor mas ilustre. La educación del halcón era dirigida por principios, aumentaba todavía su valor natural de tal modo que los halcones, bien enseñados se atrevían á atacar á las bestias feroces, á los lobos y jabalíes. Entonces era cuando no pudiendo pagarse demasiado estos pájaros, los soberanos los enviaban como preciosos regalos en las ocasiones solemnes. Los gerifaltes blancos de Islandia eran particularmente estimados; matarlos constituía un crimen que las leyes danesas castigaban con la muerte.

Las revoluciones han hecho desaparecer la halconería destruyendo las instituciones feudales. Sin embargo, los halcones tienen todavía sus nidos en algunas partes de Europa.



Los halcones.